

La otra vida de UNAMUNO



Por **JOSE MONLEON**

AUNQUE no me acuerdo de haber nacido, sé sin embargo, por tradición y por documentos fehacientes, que nací en Bilbao, el 29 de septiembre de 1864», escribe Miguel de Unamuno en sus «Recuerdos de niñez y mocedades».

Cien años después, como una forma de recordarle, he ido a casa del hijo mayor de don Miguel para hacerle hablar un poco de su padre.

El otro don Miguel

De la obra de Unamuno, y de Unamuno, se han escrito, escriben y escribirán muchos ensayos, libros o artículos, unos defendiéndole y otros atacándole. Y en ocasiones, atacándole con violencia, porque en España ni siquiera un escritor como Unamuno alcanza la paz de los que sólo viven en los libros y en los lectores.

Esto, que es, por tantas razones y significaciones, terrible, prolonga, de forma taumaturgica, la vida real y humana de don Miguel, tan preocupado siempre por la muerte. En otro país, don Miguel sería ya el autor de una obra, aceptada o rechazada por la crítica. Aquí no, aquí sigue siendo un contemporáneo que cae bien o mal por unas líneas, por un gesto, a veces, por una información de tercera mano o una frase del último Juanito. Don Miguel es como un personaje que aún se estuviera haciendo y al que pudiera decirse esto o lo otro, o quitarle o dejarle de Rector de la Universidad de Salamanca.

He pensado que en esa multiplicación pirandelliana de la personalidad, que tanto obsesionó a Unamuno, el menos atendido era el Unamuno familiar, el Unamuno sentado en un rincón de su casa o en la mesa del comedor junto a sus hijos.

De ese Unamuno es del que voy a ocuparme, a través de los recuerdos de su hijo, cien años después de aquel buen día de las Siete Calles de Bilbao.

Unamuno, arquitecto municipal

Unamuno, arquitecto municipal de Palencia. Jubilado. Pasa en su casa de Madrid algunas temporadas. La casa está en la calle del General Perón. Tiene una terracita que da sobre una zona de árboles y de juegos infantiles. Unamuno me recibe en una salita blanca, adornada con unas postales de París, otra del claustro de Santo Domingo de Silos, y tres fotos del don Miguel de Victorio Macho. Visto de frente, y desde uno y otro lado.

SIGUE



Tres momentos en la vida de Miguel de Unamuno, el español insobornable. Unamuno a los once años, cuando empezaba el bachillerato; Unamuno cerca de los treinta, con su vida ya encauzada en el pensamiento y la literatura, y Unamuno, español universal, junto a otro gran escritor: don Ramón del Valle Inclán



Comenzamos hablando de un retrato de don Miguel adolescente; es un personaje vagamente romántico y byroniano. Luego me enseña la foto de su padre a los veintisiete o veintiocho años.

—Mi padre no se afeitó nunca. Se limitó siempre a arreglarse la barba.

—¿Celebraban su cumpleaños?

—Mi padre no daba a esto ninguna importancia. Normalmente ni se acordaba que el 29 de septiembre era su cumpleaños. En cambio, recuerdo que sus veinticinco años de boda los celebramos con una fiesta familiar. Hay por ahí publicadas algunas fotos de aquel día.

—¿Cómo era su padre en la relación familiar?

—Un hombre sencillo y despreocupado. Jugaba con nosotros, nos enseñaba a dibujar... A mis hermanas les enseñaba las letras de muchas canciones, aunque él tenía mal oído. Le gustaba mucho pasear por el campo con todos nosotros y con nuestros amigos. Hablábamos y dibujábamos. Recuerdo que en uno de estos paseos uno de los muchachos le dijo: "Don Miguel, dicen que usted no es simpático". Mi padre contestó, más o menos: "Dile a quien lo haya dicho que nos pongan juntos con unos cuantos niños y veremos quién se lleva la clientela". Y es que él se daba mucha maña para distraernos con sus dibujos, sus pajaritas de papel y los cuentos que se le ocurrían.

—Mi padre conocía a mucha gente. Le gustaba hablar con todos los que encontraba en sus paseos. Por interés humano y también por interés filológico. Les preguntaba muchas cosas en cuanto oía alguna palabra o alguna acepción que él no conocía. Cassio ha contado una historietita muy graciosa sobre estos diálogos entre mi padre y la gente sencilla. Fue un día que se metió en una tasca y se sentó de mirón de una partida de brisca. Al rato, uno de los jugadores le dijo: "Don Miguel, ¡ya tendría talento el que inventó las cartas!". El contestó: "Más aún el que inventó la cama". Y el otro, con todo convencimiento, replicó: "Seguro que fue el mismo, don Miguel".

—La disciplina de casa la llevaba mi madre. Era una mujer alegre y animosa, que ayudó muchísimo a mi padre. Ante él nunca estubo deprimida o malhumorada. Recuerdo que cuando él estaba preocupado, ella solía decir: "¡Pero qué tontos sois los hombres de talento!". Murió el 15 de mayo de 1934. Todos los hermanos tenemos el mismo culto por ella que por nuestro padre.

—Para darle una idea de la fortaleza de mi madre, le contaré una cosa que nos ocurrió una vez en la frontera. Regresábamos ella y yo de un viaje a Francia para ver a mi padre, entonces exilado por la Dictadura. La policía nos registró y en el equipaje de mi madre encontraron unos ejemplares de las hojas liberales de Eduardo Ortega y Gasset. La autoridad dio la orden de que la metieran en la cárcel de San Sebastián, a donde fue sin un lloro ni una súplica. Nada más entrar pidió trabajar en el ropero de la cárcel. Estuvo sólo un día, porque al telefonar la autoridad guipuzcoana a Madrid para contar lo sucedido, quién sabe si con la esperanza de una felicitación, se puso al aparato el propio Primo de Rivera, que ordenó la inmediata libertad de mi madre.

(Esta ha sido una de las pocas veces que el hijo de Unamuno me ha hablado de las consecuencias de la vida pública de su padre. Cada vez que hemos rozado este tema, me ha insistido en que don Miguel no hablaba a los suyos de sus problemas fundamentales.)

—Mi padre era de esos que meditan en soledad sus problemas. Recuerdo, por ejemplo, que procuraba acudir a tertulias heterogéneas, en las que no se hablase de cosas trascendentales.

—¿Se interesaba su padre por lo que ustedes opinaban de sus libros?

—El pensaba que nosotros los leíamos. Y eso le bastaba, aunque no dejaba de referirse a ellos alguna

vez. Recuerdo que en una ocasión, y a propósito de cierto libro, dijo a cuenta de uno de mis hermanos: "Yo creo que Ramón no ha leído ese libro". Yo sí los leía y los sigo leyendo.

—No, no... Mi padre no leía las críticas. Temía que esto pudiese apartarle de su camino. En este aspecto, le daban más miedo los elogios que los ataques. Porque el elogio parece señalar una dirección...

(Le pregunto por sus recuerdos sobre las relaciones literarias de su padre. Poco saco al principio por este camino. La vida literaria la tenía don Miguel separada de su vida familiar. Sin embargo, Unamuno hijo me habla de la amistad constante de su padre con Maragall, Amado Nervo y Pérez de Ayala. Luego, al contarme su primer viaje a Madrid, salen otros nombres.)

—Mi padre me dio tres cartas de presentación. Una para Francisco Giner de los Ríos, otra para doña Emilia Pardo Bazán, y la tercera para don José María Solura, que fue quien pagó la primera edición de "Paz en la guerra". Recuerdo que este último tenía su tertulia en el "Gato Negro", el café que había junto a la Comedia. Allí estaba también la tertulia de Benavente y no era raro ver a Valle Inclán. Solura era un hombre mordaz, inteligentísimo, que había decidido ser "espectador, pero no actor", de la vida.

(Me cuenta cosas de este personaje. Por ejemplo, de cuando fue a Toledo para hablar durante unos días con los opositores a canónigos. Es tremendo cómo los años, a la vez que han dado un peso a los Unamuno, Valle o Baroja, han sepultado la gran galería de los raros, los pintorescos, los bohemios, a veces geniales, que definieron el Madrid del primer cuarto de si-

En la calle de la Ronda, de Bilbao, se halla situada la casa donde nació don Miguel de Unamuno. Es una de las famosas Siete Calles en el barrio viejo de la alta clase media, lleno de tascas y de pequeños comercios.



glo. Y eso —o quizá por eso, el olvido resulta más patético, más evidente— que tuvieron excelentes cronistas.)

—Giner de los Ríos ya era un anciano. Pero conservaba un entusiasmo juvenil. Me recomendó que pasara muchas horas en las bibliotecas y me acuerdo que me dijo: "Y los días de fiesta, nada de espectáculos. Al campo". Doña Emilia estuvo muy simpática. Era una gran amiga de mi madre. La amistad venía de una vez en que la novelista examinaba disimuladamente sus ideas; mi madre empezó a reír y le dijo: "No, doña Emilia, no; a mí las obras de mi marido me aburren. Me divierte más Taboada". Desde entonces se escribían, y la Pardo Bazán, que vivía en un caserón de la calle de San Bernardo, le dedicó un libro de cocina que escribió poco después.

—Eramos nueve hermanos, de los que aún vivimos seis. Ocho llegaron a edad adulta y el otro murió muy joven. Mi padre decía a veces que a él le hubiera gustado tener doce hijos. Ninguno de nosotros estudió Letras. En realidad, yo fui arquitecto porque mi padre no quiso serlo y a mi abuela le había quedado ese deseo.

(Teatro. Uno de los muchos «temas» de don Miguel. Una de las reflexiones más agudas y aún desaprovechadas por la torpeza y trivialidad de la vida escénica española. Pero tampoco metió el escritor en su casa esta guerra perdida, quizá con el tiempo ganada, contra su contexto español.)

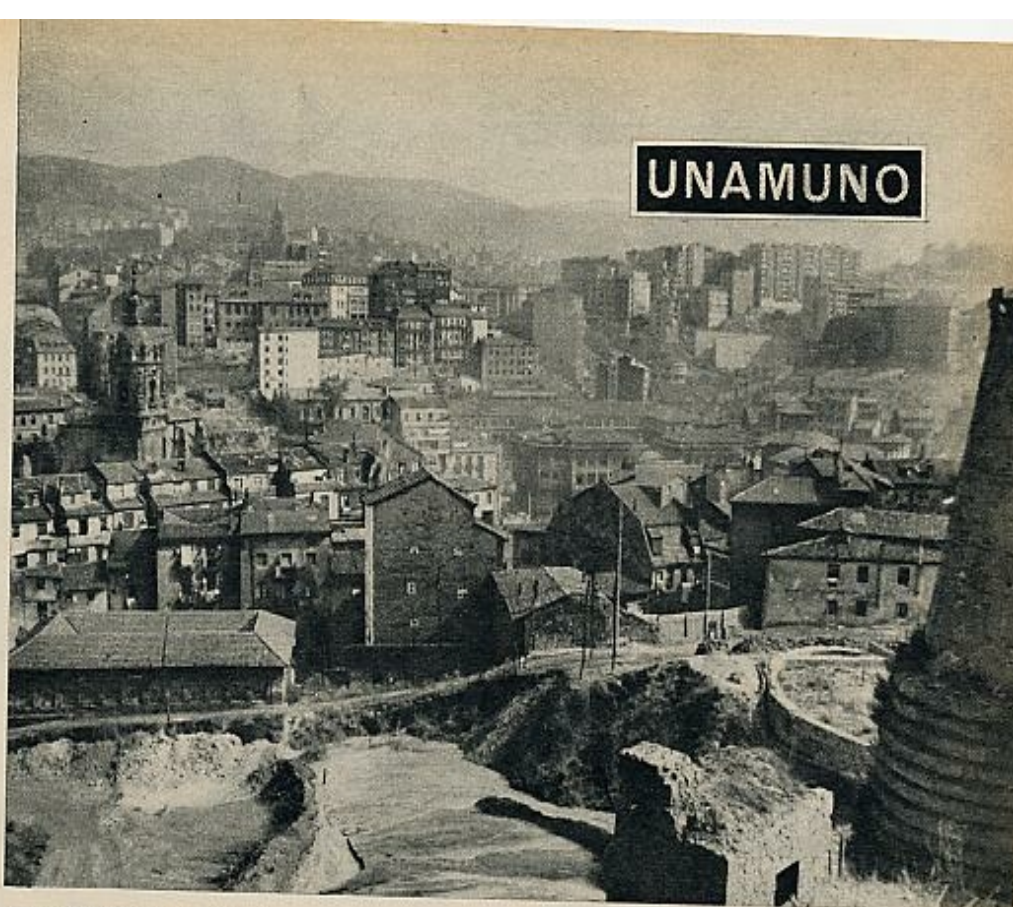
—Recuerdo haber llevado algunas cartas a don Jacinto Benavente. Vi "La esfinge", que habían estrenado Tatay y la Cobeña en Las Palmas, cuando la hicieron en el Liceo de Salamanca. También estuve en el estreno de "La venda", por Tallat, en el Español. Y en el de "Fedra", en el Ateneo, precedido de la lectura de las cuartillas escritas por mi padre para aquella ocasión. Fueron representaciones normales, que acabaron con aplausos. Mi padre, a pesar de lo mucho y apasionadamente que luchó en el teatro, nunca hizo participar a la familia de sus impacencias. En casa nunca celebramos ni éxitos ni fracasos teatrales.

(Sacerdotes. Religión. Otra cara y cruz unamuniana.)

—Mi padre tuvo muy buenos amigos sacerdotes. Uno de los más fieles y duraderos fue el padre dominico Matías Sánchez, con quien daba largos paseos en Salamanca. Cuando murió mi padre recibí de él unas letras y fui personalmente a agradecerlas. El dominico se puso a llorar: "Tú tienes tu propia familia, pero lo único que a mí me ataba con el mundo era la amistad de tu padre. Ya sólo me queda la celda del convento". Recuerdo también en este capítulo su amistad con el obispo. Un día, cuando ya íbamos a comer, llegó una nota pidiéndole que acudiera al palacio. El obispo le invitaba a su mesa. Mi padre se marchó en seguida y luego nos contó que el obispo se había acordado de que, en cierta ocasión, él comentó que no conocía el sabor de la lamprea, y que, teniendo lamprea aquel día para comer, quiso invitarle. También me acuerdo que un día vino a Palencia y al saber que estaba allí de obispo un amigo suyo fuimos en seguida a visitarle. Mi padre no era, ni mucho menos, un "traga-curas".

(El dinero. Lo que ganaba don Miguel y la leyenda de su tacañería.)

—En casa nunca faltó ni sobró. Mi padre vivió bien, primero agregando al sueldo de la cátedra el trabajo de traductor; luego, ya con libros propios. La traducción es una ocupación dura y mal pagada, pero a mi padre le ayudó. Tradujo muchas obras de Balzac, Stendhal y Carlyle. En cuanto a que fuera tacaño, no es cierto. Era, simplemente, un hombre de muy pocas necesidades. No iba, por ejemplo, a espectáculos. No salía nunca después de cenar. Recuerdo



Bilbao, la ciudad de don Miguel y, como él, potente, dura y tímida. Unamuno encarnaba lo mejor de Vizcaya, cuanto hay en ella de popular e históricamente dinámico. Representaba muy bien su fuerza y delicadeza.

que cuando yo estudiaba en Madrid disponía siempre de dinero más que suficiente. Nunca ninguno de sus hijos nos pudimos quejar en este sentido.

(La salud y la muerte fueron dos obsesiones interdependientes de Unamuno. Durante toda su vida tuvo conciencia de que su existencia estaba permanentemente en juego. La muerte no era un tema literario, sino un hecho personal espiritualmente omnipresente.)

—Mi padre no fumaba, ni bebía. En uno de sus libros cuenta el asco que sintió cuando, siendo niño, le hicieron dar una chupada a un puro. Tampoco bebía alcohol. Y parece ser que hizo gimnasia durante mucho tiempo. Su madre había muerto de un derrame cerebral y él temía, como así sucedió luego, a lo mismo. Comía poco y con apetito. Se acostaba alrededor de las diez y se levantaba con el sol. Normalmente se vestía y, tumbado en la cama, leía durante un par de horas, hasta que empezaba la vida familiar.

(Aún dos recuerdos políticos, dos comentarios de don Miguel ante sus hijos. Sus protagonistas: Azaña y José Antonio.)

—Un día nos contó que Azaña había pronunciado un gran discurso en las Cortes hablando del placer de crear, tanto en la política como en el arte. Mi padre le felicitó y le dijo: "¡Muy bien hoy, Azaña! ¡Muy bien!". Y aquel le contestó: "Mejor antezayer", refiriéndose a su discurso de apoyo a la Ley de Defensa de la República, que a mi padre le había parecido poco liberal. Otro día estuvo en casa José Antonio, con el que luego mi padre se fue a comer. Por la noche comentó: "Es un hombre fino, muy enterado de literatura y lírica inglesas", temas éstos que a él le interesaban mucho. Luego dijo: "Quizá demasiado fino para dirigir un partido político en la actualidad".

(Las fotos de la estatua de Macho están encima del lugar desde donde me habla el hijo mayor de don Miguel.)

—Debieron poner el busto en la Universidad de Salamanca en mil novecientos treinta y tres. Mi padre ya

no volvió a entrar por la escalera central. El verze fuera de él, en bronce, le producía una especie de angustia. Ya sabe usted las preocupaciones de mi padre sobre el tema de las distintas personalidades...

(La muerte de Unamuno, el 30 de diciembre de 1936. Su entierro, el día de la Nochevieja.)

—Después del discurso del doce de octubre en la Universidad, mi padre se quedó en casa. Allí recibía a sus amigos, entre ellos a Zuloaga, que le contó su encuentro en Francia con Baroja. Un día, hablando con un profesor de la Escuela de Comercio, sufrió el ataque del que murió en el acto. Estaba delante de una mesa camilla, frente a un balconcillo que da a un patio interior, con árboles. Mi hermano, médico, acudió en seguida y le puso una inyección. No había ya nada que hacer. El féretro lo sacaron el tenor Miguel Fleita, el periodista Antonio de Obregón, Víctor de la Serna y otro que ahora no recuerdo bien. Entre las cartas recibidas hubo tres a las que quise responder con una visita personal. Una era del dominico Matías Sánchez, de quien ya he hablado. Otra era de Villalobos, ex ministro entonces en la cárcel. Y otra de Hedilla. Recuerdo que Hedilla me dijo que admiraba a mi padre por la fe que había puesto en diversas causas políticas, al creerlas buenas, y por el valor con que rompía sus compromisos al decepcionarse. El entierro fue tranquilo, aun dentro de la tensión de aquellas fechas de guerra civil.

(Pocos han hablado de Bilbao con tanto amor como lo hizo Unamuno. Y, sin embargo, Unamuno sigue recibiendo de allí, junto a los testimonios de admiración, las expresiones de hostilidad.)

—Es un problema muy complejo. En el fondo yo creo que todo está en que mi padre fue vasco, pero no "biscaitarra". El era un vasco español.

(Otro día, otros días, hablaremos de la obra de don Miguel. Hoy, en la fecha de su centenario, en homenaje a su vitalidad humana, hemos preferido hacer esto.)